

EXPOSICIÓN FOTOGRÁFICA

LAS OTRAS MEMORIAS

Curaduría

Adolfo Baltar Moreno - Lorena Guerrero Palencia



Las otras memorias / Semillero de Investigación en Historia de la Fotografía del Caribe Colombiano - UTB; Museo Histórico de Cartagena - MUHCA; Equipo de Biblioparque San Francisco; redacción de textos Adolfo Baltar Moreno; editores Adolfo Baltar Moreno; Lorena Guerrero Palencia. -- Cartagena de Indias: Universidad Tecnológica de Bolívar, 2024.

36 páginas : Fotografías

ISBN: 978-628-7562-25-7 (papel)

ISBN: 978-628-7562-24-0 (digital)

1. Cartagena de Indias (Colombia) -- Fotografías 2. Vida cotidiana -- Cartagena de Indias (Colombia) 3. Jagersberger Gluck, Elfride, Hermana, 1919-2017 4. Arquitectura -- Cartagena de Indias (Colombia) 5. Desarrollo de la comunidad -- Cartagena de Indias (Colombia) 6. Liderazgo comunitario -- Cartagena de Indias (Colombia) 7. Flórez González, César 8. Participación comunitaria -- Cartagena de Indias (Colombia) 9. Identidad cultural -- Cartagena de Indias (Colombia) I. Semillero de Investigación en Historia de la Fotografía del Caribe Colombiano – UTB II. Museo Histórico de Cartagena – MUHCA III. Equipo de Biblioparque San Francisco IV. Baltar Moreno, Adolfo V. Guerrero Palacio, Lorena.

986.114

O88

CDD23

© Universidad Tecnológica de Bolívar

Primera edición, marzo de 2024

ISBN: 978-628-7562-25-7 (papel)

ISBN: 978-628-7562-24-0 (digital)

Curaduría

Adolfo Baltar Moreno y Lorena Guerrero Palencia

Edición

Editorial UTB

Diseño de Portada

Juan G. Leiva

Diagramación

Juan G. Leiva

Fotografía de portada

Julieta Hernández Biljkerdik

Este trabajo ha sido realizado con el apoyo financiero del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes (a través del Programa Nacional de Estímulos 2023) y de la Dirección de Investigación, Innovación y Emprendimiento de la Universidad Tecnológica de Bolívar-UTB.

Organizada por el Semillero de investigación en historia de la fotografía en el Caribe colombiano del Grupo de investigación GESH de la UTB, el Museo Histórico de la Ciudad-MUHCA y el Biblioparque San Francisco.

Con la colaboración de la Institución Etnoeducativa de Tierra Bomba, la Corporación Cultural Enredos, la Unidad Académica sobre Comunicación contra la Violencia de la UTB, la Fundación Cultura Ambiental para la Paz ONG y la Fototeca Histórica Cartagena de Indias.

Campus Tecnológico: Parque Industrial y Tecnológico Carlos Vélez Pombo

Tel: (+57) 323 566 8729/30 /31/33

Cartagena de Indias, D. T. y C., Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de manera total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad Tecnológica de Bolívar.

LAS OTRAS MEMORIAS



INTRODUCCIÓN

Con el propósito de contribuir a la construcción de una memoria gráfica más incluyente de la ciudad de Cartagena de Indias, el Semillero de Investigación en Historia de la Fotografía del Caribe Colombiano de la Universidad Tecnológica de Bolívar (UTB) inició desde 2016 un conjunto de intervenciones en diversos barrios de la periferia de la ciudad a través de centros culturales, bibliotecas, casas comunitarias e instituciones educativas, solicitando a los vecinos y vecinas de estos sectores las fotos que almacenaban en sus álbumes familiares. De esta forma se inició un trabajo comunitario alrededor de la fotografía doméstica en Olaya Herrera (2016), Ceballos (2018) y Nelson Mandela (2020).

En 2023 nos aliamos con el Museo Histórico de Cartagena-MUHCA y el Biblioparque de San Francisco, y elaboramos un proyecto de investigación acción participativa con el que obtuvimos el primer puesto en la convocatoria interna de proyectos de investigación de la UTB 2023. Posteriormente, ganamos una de las becas del Programa Nacional de Estímulos 2023 del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes. Con este apoyo el semillero se adentró en tres nuevas comunidades de la ciudad: los barrios de San Francisco y Cesar Flórez, y el corregimiento insular de Tierra Bomba. A través de múltiples encuentros con líderes, adultos mayores, jóvenes y niños, y mediante talleres de memoria cultural y fotografía, hemos recorrido el territorio y recordado con sus moradores momentos estelares de estas comunidades. Nuestro objetivo principal era primeramente el de realizar un trabajo de valoración y rescate de la memoria fotográfica de la periferia. Pero a este objetivo se le añadió el de perder el miedo a conocer y apropiarnos de nuestra propia ciudad, una de las más inseguras y desiguales del país, y conseguir comprenderla mejor a través de las voces de sus habitantes. De forma natural, terminamos creando unos vínculos humanos extraordinarios.

¿De dónde surge todo? En el año 2008 se publicó en la revista *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica* un texto titulado *Fotografía y exclusión social: auto-representaciones de la élite cartagenera en el periodo 1900-1930* (Puello-Sarabia, 2008). En este trabajo, que partía de los postulados de la obra *La distinción* (1979) del sociólogo Pierre Bourdieu, la investigadora cartagenera Cielo Puello planteaba la tesis de que a inicios del siglo XX la fotografía -en tanto que producto cultural-, había contribuido en la ciudad de Cartagena de Indias a la construcción simbólica de una hegemonía sociocultural en la que los grupos de la élite, mediante la autorrepresentación gráfica, se distanciaban de los grupos populares:

al tener mayor acceso a la producción de discursos, al tener la facilidad de hacer visibles sus concepciones del mundo y poder presentar sus habitus y prácticas sociales como superiores y dignas de imitación (en contraposición a otras que serán negadas, excluidas u ocultadas de los espacios de visibilidad), los grupos poseedores del poder económico que por lo tanto aparecen como dominantes, legitiman y aseguran la dominación ¿pueden estas fotos [...] ser consideradas el patrimonio visual de toda una ciudad, cuando la mayor parte de la población, por no tener acceso al medio fotográfico en el periodo, se mantuvo al margen de dicha construcción?

Las Otras Memorias es una exposición fotográfica que muestra el resultado de un proceso de búsqueda y recuperación de imágenes del pasado producidas en y desde los sectores populares de Cartagena de Indias, con el ánimo de visibilizar nuevas representaciones de la ciudad y poner en valor otros discursos alternativos sobre el pasado de la ciudad que cuestionan el relato tradicional producido por las élites económicas y culturales locales y nacionales.

La muestra plantea entonces la necesidad de elaborar una memoria gráfica más amplia e incluyente de la ciudad para poder reflexionar sobre ella. Y lo hace a través de un corpus de imágenes aportadas en este proceso por las personas de las comunidades que han querido participar en las distintas intervenciones. En estos procesos, además de reproducir las fotografías (de autoría desconocida en su totalidad), las personas del barrio nos han compartido sus historias sobre cómo llegaron al lugar, cómo levantaron sus primeros hogares y fueron accediendo a los servicios básicos, y cómo se fueron configurando como comunidades estables. Los testimonios producidos han servido para elaborar unos relatos corales que nutren las cartillas que acompañaron este proceso. Y que nos permiten construir este relato alternativo y crítico sobre la ciudad.

La exposición inició su recorrido en diciembre de 2023 en un espacio tan emblemático de la ciudad como el Museo Histórico de Cartagena-MUHCA, el antiguo Palacio de la Inquisición española, para continuar después una itinerancia por las comunidades objeto de la intervención, y por otros espacios culturales y educativos, tantos como sea posible. Que sea esta una ventana para visibilizar otras formas de habitar la ciudad más allá de su espacio de lujo y turismo, y que pueda servir para impulsar una reflexión colectiva sobre las grandes cuestiones sociales pendientes desde hace tanto tiempo en Cartagena de Indias.

LA HERMANA ELFRIDE



Elfride Jaegerbersger Gluck (1919-2017) fue una religiosa austríaca que llegó a Colombia en 1936, y a Cartagena en la segunda mitad de los años 1960's, estableciéndose inicialmente en Mamonal y trabajando en sectores periféricos de la ciudad conformados por personas desplazadas por la violencia, en muchos casos a través de invasiones.

La Hermana Elfride, desde su llegada a Cartagena hasta su fallecimiento, además de dedicarse a labores de evangelización, fue la impulsora de diversas iniciativas educativas, culturales en sectores como Mamonal, Membrillal, Arrozbarato, Henequén y en lo que hoy llamamos Nelson Mandela. Llamada por algunos “la Madre Teresa de Cartagena” y tildada por otros de “comunista”, lo cierto es que durante sus varias décadas de vida en la ciudad ayudó a

innumerables familias desplazadas a levantar sus primeras viviendas y supo trabajar inteligentemente con diversas instituciones públicas, empresas y ONG's, para liderar -con su equipo de trabajo de la Congregación de Hermanas Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora- la construcción de espacios de reunión, escuelas, colegios, bibliotecas e instalaciones deportivas, además de ayudar a la creación de microempresas para mujeres y otras iniciativas de emprendimiento para los habitantes de estos sectores. Por este compromiso vital y humanista, sostenido durante décadas de trabajo social y educativo con hombres, mujeres, jóvenes, adultos, y niños, la Hermana Elfride es hoy una figura popular recordada con sumo respeto y agradecimiento en muchos barrios populares del sur de Cartagena.

La hermana Elfride ayudó bastante, por ejemplo, para construir las casas. Ella proporcionaba materiales, tú tenías que buscar el transporte. Lo coordinaba todo desde el colegio de Arroz Barato. Hizo ese colegio, el que queda aquí donde los límites de Mandela (donde mis hijos estudian hoy, desde el jardín de infancia hasta que se gradúan). La gente la quería mucho, bastante. Daba láminas de zinc a la gente para que construyeran sus casitas. Los primeros años ella nos ayudó totalmente.

La imagen de arriba muestra a la Hermana Elfride en el botadero de basura de Henequén a principios de la década de 1970, donde hoy se levanta el barrio del mismo nombre. Los basureros eran los únicos espacios donde se podían instalar sin temor los desplazados sin hogar, porque allí no les echarían. Así sucedió en Henequén o en San Francisco. Estas fotografías

hacen parte del fondo fotográfico Hermana Elfride que se recuperó y digitalizó en 2019 gracias a un proyecto realizado de manera conjunta en el barrio de Nelson Mandela entre la Fundación Tenaris Tubocaribe y el Semillero de la UTB, y al que hoy se puede acceder a través del repositorio digital de la Fototeca Histórica Cartagena de Indias.



LA INVASIÓN COMO ÚNICA OPCIÓN



En esta imagen de 1971 observamos a una abuela con su nieto en una casa de invasión en el sector de Membrillal. Como las villas-miseria en Argentina, o los barrios de favelas en Brasil, las llamadas “invasiones” en Colombia tienen su origen en la violencia y en la desigualdad económica y social. Y se encuentran por todo el país. Colombia ha liderado históricamente las listas de países con mayores desplazados internos, donde se estima que el conflicto armado había afectado directamente hasta el año 2020 a más de 4,9 millones de personas. Al mismo tiempo, en 2022, fue el tercer país – tras Turquía e Irán- con mayor acogida de desplazados forzosos externos en el mundo, con 2,5 millones de acogidas, principalmente de personas procedentes de Venezuela, según ACNUR. Pero este fenómeno sigue vivo en Colombia: casi 250.000 colombianos fueron víctimas de desplazamiento interno forzado individual o colectivo entre 2021 y 2022. Cartagena no ha sido nunca ajena a esta situación, y toda su

periferia está rodeada de invasiones; algunas ya de vieja data, y otras bien recientes, como sucede en San Francisco o Nelson Mandela con las migraciones venezolanas.

Cuando una persona tiene que abandonar de manera rápida su lugar de origen porque siente amenazada su vida y la de sus seres queridos, se lleva consigo las pocas pertenencias que alcanza a cargar y los ahorros de que dispone, y la gran ciudad se convierte en el primer refugio. Pero en la ciudad las cosas no son fáciles. Encontrar un techo donde poder resguardarse de la lluvia o el calor y sentirse seguro puede ser un verdadero quebradero de cabeza. Y más si tienes hijos, o si estás embarazada, o si eres una persona mayor. En estos casos invadir se convierte en una necesidad. Y para levantar los hogares se emplea el primer material que se tenga a mano. Y luego hay que resistir y esperar a que con el tiempo se consolide el asentimiento.

Una invasión consiste en tomar sin pedir permiso una porción de terreno y establecer allí unas condiciones mínimas de habitabilidad: unas carpas, unos maderos para delimitar un espacio, un techo hecho de láminas de zinc para protegerse del sol y de la lluvia, unas sábanas o cartones para resguardar la intimidad... Y resistir como se pueda el envite de cualquiera que quisiera expulsarnos [...] Nosotros fuimos invasores de lo que hoy es Villa Rubia, no de César Flórez. Llegamos allí el 12 de octubre de 1978, y organizamos nuestros ranchitos. Pero no duró mucho: el ejército nos sacó dos meses después, una noche del 22 de diciembre. Fue de noche, porque de día no podían, y nos manteníamos firmes con piedras y agua caliente en ollas para arrojársela a quien quisiera echarnos.

La siguiente imagen muestra una “limpia” popular en Membrillal a principios de los años 1970, como llaman los “invasores” al proceso de limpiar y preparar el terreno de forma que se puedan empezar a levantar las casas.



CASAS DE MUÑECAS, ARQUITECTURA TÍPICA DE CARTAGENA



En la imagen superior, una familia en su hogar recién levantado en Membrillal en los años 1970. Más de medio siglo después, Julieta Hernández Bilkerdijk -una estudiante del semillero procedente del barrio de Olaya Herrera- presentó un proyecto fotográfico titulado *Casa de Muñecas. Una arquitectura empírica*. En este trabajo, la joven fotógrafa reflexionaba sobre la fragilidad de las casas de tablitas y tejado de zinc en las que viven miles de personas en nuestra ciudad.

Las casas de madera del proyecto de Julieta las hemos visto continuamente en este proceso alrededor de

toda la ciudad: Nelson Mandela, Tierra Bomba, San Francisco o César Flórez...Es una arquitectura empírica, hecha por sus mismos moradores con los escasos recursos que tienen a mano (madera, bolsas, cartones). Y se contrapone radicalmente tanto a la arquitectura colonial del centro histórico -por la que Cartagena tiene fama internacional-, como a la arquitectura del turismo y la especulación que ha florecido en las últimas décadas con innumerables torres de apartamentos en sectores como Bocagrande, Marbella, El Cabrero o La Boquilla.

Cuando les echaron de Bocagrande, aquí en Tierra Bomba ellos prepararon el terreno para hacer un ranchito con palo, porque había madera... Se metían en el monte, a cortar madera para hacer el ranchito, para poder vivir [...] Entonces, cogían el popó de las vacas para empañetar con barro, colaban barro, buscaban arena, hacían una masa que empañetaban para hacer las paredes. Yo alcancé a madrugar, a velar a las mondingas, allá. Y venía con mi lleno para acá amasar. Haces así, con arena y barro, y eso hace la bola

Y ahí levantamos las casas... primero la pared, le puse el techo de zinc con mi mamá y mi papá. La mayoría de las casitas eran de madera. Mi casita tenía medio de zinc y medio de Eternit. La casita mía era de 4 x 4 m [...] Y la comunidad empezó a limpiar y a construir sus casitas, todas en cartón primero, antes de tablitas... unas le ponían zinc, otras sábanas, forrados con trapos, cartón... [...] Yo recuerdo que mis hijos usaron zinc de las latas de aceite esas de Suprema... pura lata en las paredes. Y el techo era de láminas de suple que vendían [...] Todos vivíamos en un solo cuarto. Y teníamos la cocina ahí mismo. Y el mismo baño improvisado en tela. No había agua y teníamos que venir a buscarla andando todos los días. La puerta de mi cocina era una estera, y el baño era de palitos, y entonces le poníamos el plástico para que no nos vieran.

La imagen siguiente es del proyecto de Julieta Hernández, tomada en 2023 en Olaya Herrera. Como decía uno de los líderes de la intervención en el barrio de César Flórez, “**los mismos problemas de ayer siguen estando presentes. No ha desaparecido ninguno**”.



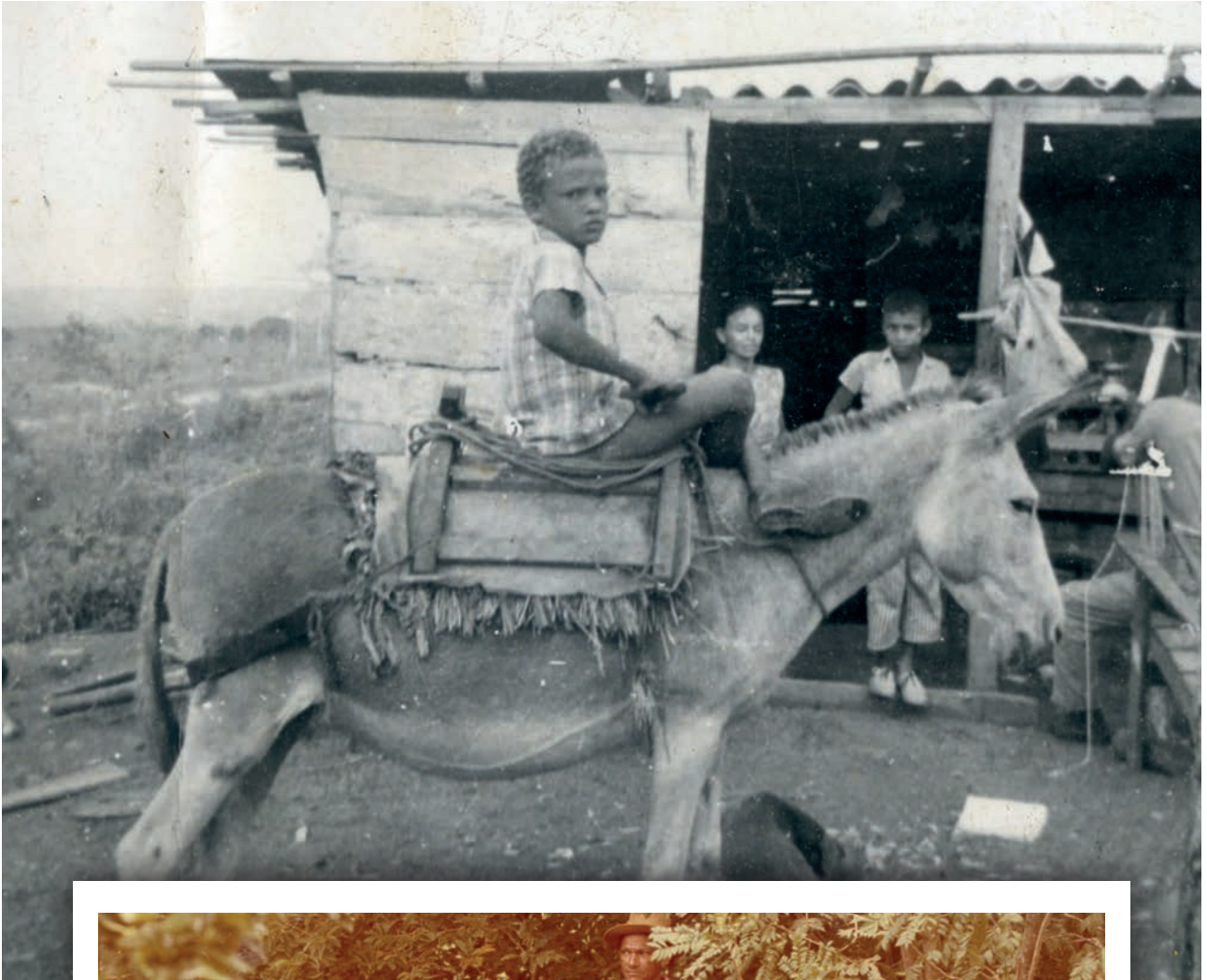
DEL CAMPO A LA CIUDAD: TRÁNSITO DE IDENTIDADES



Aquí vemos imágenes de la vida en Membrillal y Henequén en los años 1970 y 1980. Una gran parte de las personas que viven en hoy en Cartagena de Indias son desplazadas que proceden del mundo rural: Bolívar, Sucre, Magdalena, Córdoba... Miles de familias campesinas que habían habitado por generaciones sus tierras se vieron forzadas a escapar de la violencia física y económica. Otras también llegaron buscando nuevas oportunidades y de estilos de vida que el campo no ofrece. Al escapar a la ciudad buscando refugio, las personas que vienen del campo se ven obligadas a experimentar un cambio brusco en su identidad, teniendo que transitar de una identidad

rural a una urbana. No todas las personas viven igual este proceso. Y no es un proceso fácil.

Pese a que Cartagena tiene más de un millón de habitantes, caminar hoy por las calles de los territorios de la periferia tiene, en muchos casos, un espíritu más de pueblo que de ciudad. Las personas desplazadas han traído consigo su cultura y sus costumbres campesinas y, hasta que estas costumbres se vayan diluyendo con el paso del tiempo, la mirada rural de la vida también hace parte de la identidad colectiva del conjunto de la ciudad.



LIDERAZGOS COMUNITARIOS



En las comunidades populares de Cartagena es imprescindible que haya personas que asuman los liderazgos para poder reclamar ante las autoridades el acceso a los servicios básicos indispensables o mejoras para los barrios. Son también quienes se encargan de trabajar por la cohesión social.

En la imagen de arriba vemos a Carlos Prieto, líder de César Flórez y miembro en aquel entonces de la junta directiva de la ANUC, la histórica organización campesina de Colombia, en un discurso realizado en 1984 durante la celebración del Día del Campesino en San Pedro (Sucre). Muchos de los habitantes que llegaron a Cartagena desde las áreas rurales militaban en organizaciones campesinas o sindicales y tenían una valiosa experiencia de liderazgo comunitario que fue fundamental para crear comunidad en los incipientes barrios. Otras personas tuvieron que aprender a ser líderes sobre la marcha.

Pero ser líder puede ser muy arriesgado. No es ningún secreto que, en Colombia, los movimientos sociales, tan necesarios para el desarrollo de cualquier sociedad democrática, plural y participativa, han sido severamente castigados, estigmatizados y perseguidos, en muchísimos casos hasta la misma aniquilación física. Políticos, sindicalistas, defensores de derechos humanos, representantes de asociaciones obreras y campesinas, líderes vecinales... En 2023, y según la ONG Indepaz, hasta el mes de septiembre habían sido asesinados 123 líderes y 30 firmantes del acuerdo de paz de 2016. Son cifras escandalosas que se observan desde una gran indiferencia, y que muestran la realidad de un país que no ha podido superar su relación con la violencia porque está superado desde hace décadas por la impunidad.

Tuvimos muchos problemas con la reclamación de los servicios públicos. Tantos problemas, que hasta cinco compañeros perdimos asesinados. principalmente a partir del proceso de reclamación de energía o a raíz del proceso de retirada del relleno sanitario de Henequén.

Se empezó a molestar al Distrito para que nos retirara el relleno sanitario. Y lo logramos, pero hubo varios muertos a raíz de eso. Eran los voceros nuestros, los líderes en aquel momento. Les cortaron la cabeza. Pero lo logramos. Ya no se usa el relleno, pero no lo han clausurado al 100%: eso está vivo. Solamente han hecho unos arreglitos y se robaron la plata.

El movimiento vecinal en las comunidades populares de Colombia se estructura a través de las Juntas de Acción Comunal (JAC), organizaciones sociales de los barrios, sin ánimo de lucro y de carácter cívico y comunitario, que actúan con autonomía de los poderes públicos y en interlocución con ellos (a veces en conflicto), y con un método de trabajo basado en la democracia participativa. En abril de 2023 había 343 juntas en toda Cartagena. En Tierra Bomba esa función la cumple el Consejo Comunitario de Comunidades Negras de Tierra Bomba. Estas organizaciones, que dan voz a los territorios, aparecen a partir de la ley 70 de 1993, y son los primeros referentes a los que acuden las personas de las comunidades cuando quieren proponer algún proyecto a la comunidad. También cuando se ven involucradas en algún problema o conflicto vecinal.

Las imágenes siguientes inferior muestran a Carmen Barroso, una de las mujeres líderes más queridas de Ceballos, dirigiéndose a la comunidad en 1996 (izquierda) y en 2006 (derecha).



CÉSAR FLÓREZ GONZÁLEZ



César Flórez González fue el líder en cuyo honor se nombró a un barrio del sur de Cartagena. Es un símbolo de la lucha por la dignidad de la ciudadanía cartagenera, y su asesinato en 1985 es un ejemplo de lo que le ha sucedido a muchos otros hombres y mujeres de Cartagena. El rol de César Flórez fue fundamental para poder legalizar la situación de los habitantes de este sector. Cuando le conocieron en 1978, Flórez era todavía un joven estudiante en prácticas en el programa de Derecho de la Universidad de Cartagena.

Lo conocimos porque, cuando invadimos Villa Rubia - que se iba a llamar 12 de octubre- había unos estudiantes entre ellos muchos abogados buscando para hacer su tesis de grado. A alguien de la Universidad de Cartagena le llegó al oído que había una invasión y que estaban buscando abogados, entonces él se ofreció con otros compañeros más. Ahí fue donde él llegó diciendo que, si le aceptaban el proyecto, él iba a hacer su tesis con nosotros. Recuerdo que era flaquito, delgadito... parecía un espagueti. Aceptamos, se metieron él y dos estudiantes más. Terminaron y él siguió luego con nosotros. Era tan humanitario, que venía de su casa bien adornada y bonita y se metía con nosotros. Cada quien traía comida, y pasábamos el día todos juntos metidos ahí, en la ceiba, en la poza. Todo el mundo le quería. Él dormía en la casa de mi mamá en una camita de madera, decía, "esta noche vengo para mi camita" y ya una sabía que él iba para su camita, y ahí dormía... Pero realmente podía dormir donde quisiera, porque a César todo el mundo le abría las puertas de sus hogares.

A él le debemos nuestra estabilidad de vivienda porque él se hizo responsable de todo el lote y nosotros confiamos en él. César Flórez dijo una cosa, eso a mí no se olvida jamás, él dijo "mis amores cuiden el rancho, cuiden este terreno que han luchado con tanto sacrificio; tengo miedo de que ustedes vendan y se queden en la calle. Hagan lo que ustedes quieran, pero no vendan su pedacito de tierra porque ustedes han derramado sangre por esto"... Y todos los que han vendido se quedaron sin casa. Nosotros confiamos en él y creímos en él, por sus palabras, por su forma de defendernos, por su forma de entrega a la comunidad. Por eso nosotros pusimos en él toda la confianza, después de Dios. Y no nos defraudó nunca.

A César Flórez lo asesinaron el 29 de octubre de 1985 a sus 33 años en La Guajira: le habían llamado unos supuestos campesinos para que ayudase a defenderse frente a un despojo de sus tierras. Nunca se sabrá a ciencia cierta quién dio la orden ni quién la ejecutó, pero por aquel entonces ya era militante de la Unión Patriótica (UP) y fue una de las víctimas de aquel terrible genocidio político (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018). La Jurisdicción Especial

para la Paz (JEP) determinó en 2022 que, entre 1984 y 2016, paramilitares de extrema derecha y agentes estatales asesinaron o desaparecieron al menos a 5.733 personas vinculadas a este partido (Jurisdicción Especial para la Paz, 2022). Este es un hecho terrible de la historia reciente de Colombia que, como vemos por lo que pasó con César Flórez, también impactó en Cartagena. En la imagen de abajo, aportada por el vecino Isaías Salas, un mural de César Flórez.



LA CASA COMUNAL CÉSAR FLÓREZ GONZÁLEZ



La comunidad quiso poner como nombre del barrio el del líder que les ayudó. César Flórez, aún en vida, se negaba rotundamente, porque le parecía que era un acto de vanidad insoportable, y quería que el barrio se llamara como el de algunos líderes históricos de Colombia: Jorge Eliécer Gaitán, Camilo Torres o María Cano.

Hoy hay una casa comunal que también lleva su nombre. La construcción de esta casa es el gran orgullo de la comunidad. De una primera casa de tablitas se pasó después al actual edificio construido en material, levantado a lo largo del tiempo con el aporte y el esfuerzo de unos y de otros, obteniendo progresivamente los materiales por medio de compromisos políticos adquiridos con la comunidad

por funcionarios y técnicos de la alcaldía en diversos momentos. Las personas del barrio aportaron de forma desinteresada su trabajo para levantarla. Se terminó de levantar en material en 1992, y se le puso el nombre de César Flórez. Es el principal punto de encuentro de la vida social del barrio.

En algún momento la casa ha sido motivo de disputa con la alcaldía distrital, cuando se trajo un proyecto de centro de vida para el adulto mayor, y se quiso cambiar el nombre original que le había dado la comunidad por el de "San Gabriel", precisamente cuando era alcalde Gabriel García, quien había donado algunos materiales. A esto se negaron de plano los habitantes.

Hubo una oposición tan grande al cambio de nombre, que hasta se hizo una campaña e inmediatamente compramos las letras en bronce, para que quedara claro que era un mandato de la comunidad que la casa se debía llamar Casa Comunal César Flórez González [...] eso del cambio de nombre llegó a oídos de Candelaria Petro, amiguísima del difunto César, compañera de estudios y todo, y ella nos hizo que nos reuniéramos todo el bonche, y que dijéramos que no podía ser. Ella misma dijo que se iba a enterar dónde hacían las letras en bronce, a cuánto salían, y que ella misma iba a recogerlas para ir a ponerlas. Consiguió la plata por una parte, y nosotros conseguimos el resto.

Hoy en día esta casa comunal, se ha convertido en el eje de todo esto por aquí, de los diferentes de los diferentes sectores, porque aquí donde es donde están todos los proyectos de desarrollo que se dan en estas comunidades. Los hacemos desde aquí, con líderes sociales, con la alcaldía, con las autoridades, con universidades, hacemos Consejo de Seguridad. Si hay una serie de eventos, se desarrollan aquí... capacitaciones de todo tipo, se desarrollan con el Sena; se hace un servicio de salud, desde aquí se han hecho hasta diez campañas de vacunación contra el COVID durante la pandemia... Eso lo hemos organizado desde aquí.



LA LUCHA POR LOS SERVICIOS BÁSICOS



La imagen de arriba muestra a Eladio y Noel asomándose a un pozo de reciente construcción en el corregimiento insular de Tierra Bomba, donde viven. Algunos servicios que en otros lugares se dan por supuestos son el resultado de muchos y esforzados logros colectivos. Las personas que invaden, cuando

se instalan en el terreno, no cuentan con los servicios básicos mínimos como el agua potable, la electricidad, o el gas. Acceder a estos servicios suele ser un proceso largo y, en algunos casos, ha sido muy doloroso (como en Nelson Mandela).

Lo primero fue la lucha por el agua, indispensable para vivir y para mantener buenas condiciones de higiene. Donde hoy está el colegio Jesús Maestro había una bonga y allí un pozo, donde cogíamos el agua para lavar. Pero para coger agua de beber había que ir andando hasta allí arriba, hasta la colina. Cogía uno un palo y hacía lo que aquí llamamos una "mula", una "balanza", con un tanque a cada lado para hacer contrapeso.

No había agua, el agua teníamos que venir a buscarla acá a San Francisco. Andando. Mi papá llevaba un talambuco, nosotros llevábamos una olla, un balde y nos tocaba llevar agua hasta allá. Estábamos como a cinco minutos. Hay como cuatro cuadras, pero siempre con la subida es pesado. Dicen que uno sabe lo que es la vida cuando le toca cargar su propia agua. Entonces, fue duro: nos tocaba ir a buscar el agua abajo y subir hasta allá. O a veces mi hermano hacía una horqueta improvisada y se ponía un balde de cada lado, y lo llevaba hasta la casa. Mi hermano podría tener 11, 12 años por ahí.

Hasta que llegó el gas, cocinábamos siempre en leña, en carbón. Y no había luz. Aquí se alumbraba con lámparas y con velitas [...] Cuando llegamos al principio, y durante mucho tiempo después, en el barrio, todas las noches eran "noches de velitas" [...] Fuimos a las 9h de la noche. Tres hombres y yo metida en la mitad con ellos. Pusimos los palos y la línea, y en eso, un compañero de nosotros se nos quedó pegado en el cable eléctrico. Suerte que estaban las escaleras, que subieron y lo arrancaron, si no, se mata ahí. La luz prendía un foco chiquitico. Y era un foquito, uno, porque la luz no podía con dos focos. Así que todo el mundo por el patio con los cables. Y solamente para el abanico, porque eso no aguantaba ni televisor, ni nevera...

Las imágenes inferiores muestran unos tendidos de cable en Tierra Bomba (izquierda) y una telaraña de cables en un poste San Francisco (derecha). El mismo día que iniciamos la intervención con el semillero en Tierra Bomba, uno de estos postes fue alcanzado por un rayo soltando al suelo un cable energizado que acabó con la vida de dos jóvenes que pasaban en una moto.



EL REBUSQUE



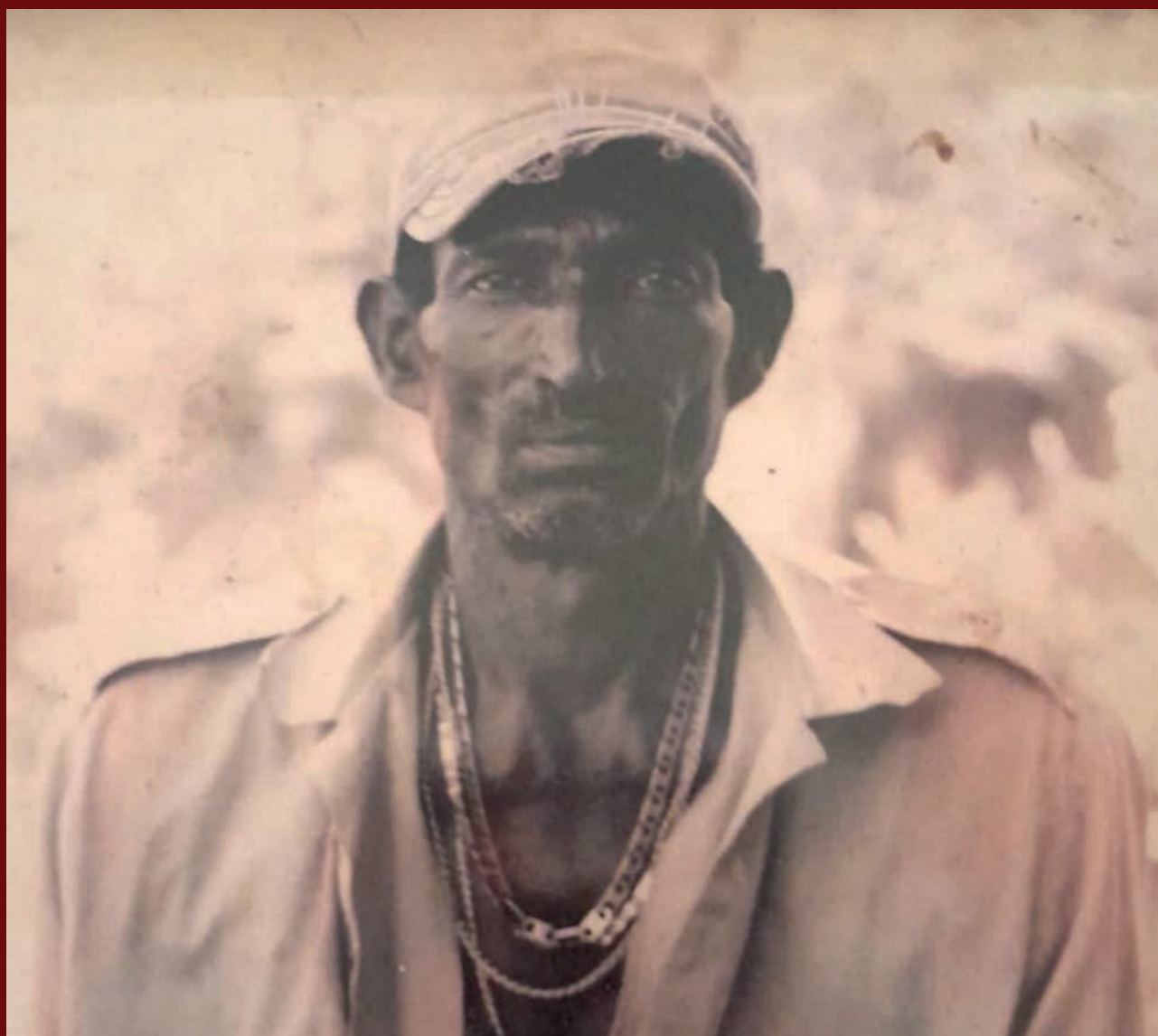
Una vez en la ciudad las personas se ven forzadas a buscarse la vida de lo que sea: servicio en casas privadas, mototaxismo, venta en la calle, albañilería... Casi siempre dentro de la economía informal. Es lo que en Colombia se llama “rebusque”. En los trabajos informales las personas no cotizan a la seguridad social,

ni disponen de seguros de enfermedad o de vejez. Ponerse enfermo es dejar de ganar el pan de cada día, y hacerse mayor es entrar en un periodo de precariedad y dependencia económica, pasando a depender de los hijos. Muchos habitantes de Cartagena tienen que trabajar hasta el último día de sus vidas.

Trabajaba de lo que saliera, donde saliera [...] Yo soy modista, pero en el fondo soy de todito. Yo era de vender empanadas, de hacer peto, de coser, de restaurante, de vender paletas, de vender huevo y de lo que venga. Lo que venga. Lo único que no he hecho en mi vida y que yo creo que ya no voy a hacer es lavar ropa para la calle porque no sirvo para eso, y tampoco de vender en ponchera... pero lo demás que me venga, me le mido. Ni tampoco de prostituta pero, a lo demás, me le mido, así como estoy...



CARTAGENA ES ORGULLOSAMENTE NEGRA



Cartagena de Indias, durante el periodo colonial, fue un puerto fundamental en el infame negocio de la esclavitud en América. La principal evidencia de ello es que hoy es una de las ciudades de Colombia con mayor cantidad de población negra, junto a Cali, Buenaventura, Barranquilla y Bogotá. Elisabeth Cunin, una antropóloga francesa que estuvo en la ciudad hace algunos años, recuerda la invisibilidad histórica de las poblaciones negras en Colombia, su olvido político y cultural: “ciudadano de segundo rango, olvidado por el crecimiento económico,

víctima de un racismo difuso, el negro no es un colombiano como los otros” (Cunin, 2003, p. 27). Un olvido que ha evidenciado constantemente la obra de historiadores cartageneros como Alfonso Múnera u Orlando Deavila.

La imagen superior muestra un retrato de José Ortiz en Tierra Bomba, y las inferiores muestran a Antonia Jiménez en la comunión de su hija en Ceballos en 1989, y a Roquelina Taborda (en el centro a la derecha) con otras vecinas en San Francisco.



EXPULSADOS EN LA PROPIA CIUDAD



Cartagena de Indias no solamente ha acogido a personas desplazadas forzosamente desde las áreas rurales de Bolívar y los departamentos aledaños. Las poblaciones afrodescendientes instaladas desde el siglo XVI en Cartagena han tenido que sufrir esta situación dentro de la propia ciudad. En la actualidad la insoportable presión turística que sufre la ciudad hace que sigan en riesgo de expulsión las comunidades negras de La Boquilla o de la isla de Tierra Bomba. En este proceso de investigación hemos conocido las expulsiones de Bocagrande y de Chambacú en el siglo XX.

La expulsión de Bocagrande tuvo lugar a inicios de los años 1930, cuando la Andian National Corporation

compró a un precio irrisorio toda la península de Bocagrande para construir 20 mansiones residenciales y se comenzó a expulsar sin miramientos a los nativos que llevaban generaciones enteras instalados allí. Estos se desplazaron a la isla de Tierra Bomba, donde ya llevaban siglos asentadas otras comunidades negras. Bocagrande es, en cierta forma, otro barrio de invasión, pero esta vez de los poderosos. El Hotel Caribe, el primer gran hotel de lujo en Bocagrande, se inauguraría en 1945 y, tras la salida de la Andian en 1960, comenzaría en esa pequeña península todo el desarrollo turístico y residencial que ha convertido a Bocagrande en lo que es hoy.

La gente de Bocagrande vino aquí en el año de 1932. Conocí la historia cuando ya crecí. A la gente de allí la sacaron, hasta la última persona, con las dragas, les metieron las tuberías, porque iban a rellenar Bocagrande... [...] Yo ya llegué con 13 años a Tierra Bomba, cuando con mi mamá tuvimos que salir de Bocagrande...nos echaron de allá para acá, y cambiamos una orilla por otra. Mi mamá lloraba, la pobre [...] Sin un pesito, sin una telita, ni nada. Como unos animales, los echaron para acá...

En 1971 se produjo la violenta erradicación del barrio de Chambacú, y el desplazamiento interno de su comunidad afrodescendiente, a la que se obligó a alejarse del centro histórico y repartirse por la periferia de la ciudad en barrios como El Paraguay, Las Lomas, Chiquinquirá, República de Venezuela o San Francisco. Según Orlando Deavila la erradicación de Chambacú se hizo para hacer de Cartagena “una ciudad turística de primera magnitud” (Deavila, 2015), ignorando las necesidades y vínculos históricos y sentimentales de los habitantes más pobres con su territorio. Todavía se puede ver cómo era aquel Chambacú desaparecido en la gran película *Queimada*, rodada en Cartagena en 1969 (que protagonizó un querido actor palenquero, Evaristo Márquez). Una buena manera de adentrarse en el origen de San Francisco es leyendo la novela de Manuel Zapata Olivella llamada *Chambacú, corral de negros*, escrita en 1963. Otras obras literarias de referencia por su manera de abordar esta visión crítica de Cartagena son *Rencor* (2006) de Óscar Collazos o *La personalidad de los pelicanos* (2022) de Teresita Goyeneche. O leyendo la obra colectiva *Los desterrados del paraíso* (Abello-Vives & Flórez-Bolívar, 2015).



EL AGUA



Cartagena de Indias está rodeada de agua. Además del mar, hay varios cuerpos de agua en el interior. El agua es el primer servicio básico para la vida, y el primero que necesitan las personas que llegan a los barrios de invasión.

En la imagen de arriba varios habitantes de Membrillal se reúnen al lado de un pozo recién construido por ellos mismo en los años 1970. En Tierra Bomba la falta de agua dulce sigue siendo el principal problema de la comunidad. Los españoles construyeron en el siglo XVI un aljibe, pero ya se lo comió la erosión del mar. También construyeron un

pozo que hoy ya se ha secado, y que podemos ver en la siguiente fotografía, cuando todavía se podía sacar agua. Y en la foto posterior, vemos cómo los tierrabomberos tienen que aprovechar todo tipo de objetos para almacenar las aguas de las lluvias, como bañeras, cubos o bidones.

Pero el agua también puede causar estragos en un clima tropical como el nuestro. En temporada de lluvias las casas de tablitas tienen serios problemas para no inundarse, como vemos en una imagen de Olaya Herrera en 2011, donde unos vecinos sacan a una persona mayor.

El problema serio viene con las lluvias. Cuando llueve, esto se llena siempre. Las camas, los muebles... todo eso se daña. Entonces no tenemos donde estar. Mi casa es de madera y concreto [...] La casa se llenaba de agua y tenía uno que pararse en medio de la noche, porque el agua le llegaba hasta las rodillas. No dormíamos bien porque teníamos que estar pendiente de alzar lo poco que uno tenía. Teníamos que sacar baldes y baldes de agua. Estuvimos rellendo con basura, con tierra, con todo...



María Eugenia Ortiz nos comparte dos imágenes de la juventud de su abuela, María Llerena Moncaris, orgullosamente tierrabombera.

Cuando yo era niña, era tremendamente feliz, porque tenía a mi madre y a mi padre, y a mi abuela al costado de mi cama...



LAS MUJERES CUIDADORAS DE LA COMUNIDAD



En esta fotografía aportada por Ana Jiménez se observa a un grupo de mujeres con niños y niñas en el barrio de Ceballos en 1995. Estas imágenes tienen el rol de resaltar el papel que asumen las mujeres en los procesos comunitarios de los barrios populares. Durante el proceso hemos podido visitar y conocer varios hogares y comedores comunitarios en San Francisco y en Tierra Bomba.

Los Hogares Comunitarios de Bienestar se encargan con el Programa de Madres Comunitarias del cuidado de niños y niñas de primera infancia. En ellos se ofrece alimentación, cuidado y seguridad a los menores de 7 años que se encuentran en condición de pobreza, y cuyas familias solicitan el servicio. Las madres comunitarias son reconocidas en su comunidad por su solidaridad, convivencia y compromiso con el desarrollo de los niños, niñas y sus familias.

Madre comunitaria es una señora a la que capacitan para que atienda a 13 niños de 8 de la mañana a 3 de la tarde. Las madres comunitarias no tenían sueldo, pero les daban una beca, que era un aporte en dinero. Con eso era que ellos cubrían el sueldo de la señora que estaba atendiendo. Y como eran niños de 2 años en adelante, ellos traían su cuaderno, y con ellos hacían juegos didácticos, todas esas cosas.

Visitamos también el comedor popular que Lorenza Pérez tiene en San Francisco, y que recibió la visita del mismísimo Papa Francisco en 2017. Las imágenes siguientes muestran la cocina y la fachada de un comedor popular en Ceballos en los años 90, que lideraba la Organización Femenina Popular, hoy ya desaparecido.

En una ciudad donde los servicios sociales públicos están muy poco dotados y la previsión social reposa básicamente en la iniciativa privada y la caridad, el papel solidario que desarrollan las organizaciones sociales en los sectores populares es fundamental para la vida de miles de personas. En 2021 según el DANE, supimos que en Cartagena siete de cada diez habitantes comían menos de tres comidas diarias.



EL DERECHO A LA EDUCACIÓN EN LA PERIFERIA DE CARTAGENA



Obtener un título educativo (un grado escolar, de bachillerato, técnico o universitario), es una necesidad que se espera sirva para conseguir un progreso en las condiciones de vida, y poder escapar de la informalidad y de la incertidumbre. También es un logro del que enorgullecerse, como se observa en la imagen superior que nos compartió Layla Sánchez en Ceballos, en la que vemos un grupo de mujeres del barrio mostrando los diplomas de una capacitación en una fotografía de 1990.

La educación pública en Colombia ha sufrido históricamente de enormes carencias en todos sus niveles, lo que genera una desigualdad social y económica abismal entre ciudadanos del mismo país. Requiere de un apoyo económico considerablemente superior al que recibe actualmente para que sea más atractiva.

Pero esta es una apuesta de país difícil de lograr en un contexto de conflicto armado (donde las prioridades se van al gasto militar) y donde, además, parece asumirse sociológicamente que la educación puede ser entendida como un negocio, y no como una inversión en país. Las historias que hemos escuchado en los barrios de invasión de Cartagena nos hablan de cómo las maestras impartían inicialmente clases en casas particulares -a falta de otros espacios-, y de cómo en barrios como San Francisco o Nelson Mandela los vecinos tuvieron que ayudar a levantar los primeros colegios con sus propias manos. Las docentes en Tierra Bomba nos relatan las condiciones en las que dan las clases, con salones poco iluminados, a veces sin aire acondicionado, con bancos y mesas viejas. Esto sucede en la mayoría de las instituciones educativas públicas de la ciudad.

Antes había banquillitos en algunas casas para los niños. No había colegio. Ya todo empezó a cambiar cuando hicieron los colegios grandes, la guardería [...] Pero al principio había una sola maestra, Osiris, y daba clase a los niños en su casa, en banquillitos [...] El colegio blanco se fue construyendo con aportes de la comunidad: la gente misma llevaba los blocks. De pronto, el papá de uno, los fines de semana, iba a ayudar para construir de forma comunitaria. Después nos pasaron para la iglesia, y ahí uno daba la clase, hasta que se terminó la construcción del colegio.

Soy maestra. Cuando ya por fin empezamos a escribir era muy difícil para ellos hacerlo porque las mesas estaban chuecas, como flojas, y cuando se movían intentando escribir, al mover la mano, se movía la mesa y el trazo no salía de la forma correcta... Imagina aprender así. Para ellos era muy frustrante estar apenas aprendiendo por primera vez a escribir, y que no pudieran hacerlo, y no por ellos, sino porque el inmobiliario no era el adecuado.

Hay un gran número jóvenes y adolescentes en todos los barrios de la periferia de Cartagena, con un potencial realmente extraordinario, pero una gran parte de ellos nunca lo podrán desarrollar adecuadamente porque no podrán acceder a una educación pública de calidad y, en muchos casos, deberán endeudarse para formarse en la educación privada. Las imágenes de abajo nos las prestó Rosalba del Real desde Ceballos, cuando sus hijos estudiaban en una institución pública entre los años 1970 y 1980.





Diversas fotografías de las iniciativas educativas desarrolladas por la Madre Elfride en Membrillal y Henequén en los años 1970 (Fototeca Histórica Cartagena de Indias- Universidad Tecnológica de Bolívar)



EPÍLOGO

Las Otras Memorias se ha concebido para generar entre su público una reflexión crítica sobre cómo se ha construido la Cartagena de Indias contemporánea desde la imagen fotográfica y la narrativa comunitaria. Deseamos que sirva para comprender mejor las lógicas de esta ciudad. Una ciudad, como muchas otras en Colombia y en América Latina, con muchas heridas y atravesada por múltiples violencias que parecen no cesar nunca. También con muchos olvidos. Pero *Las Otras Memorias* también es un discurso de dignidad, porque habla de nuestra identidad cultural, de nuestro patrimonio, de la riqueza de nuestra diversidad y de la solidaridad permanente entre las clases populares.

Además de la exposición, y fruto de esta intervención alrededor de la fotografía y la memoria, hemos elaborado unas cartillas que se centran en varios de los territorios de la investigación, y que se pueden descargar fácilmente desde el repositorio digital de la Universidad Tecnológica de Bolívar. Estas cartillas se llaman *Nelson Mandela: Historias de mi barrio* (Baltar-Moreno, 2020), *San Francisco. Memorias ciudadanas de un barrio de Cartagena* (Baltar-Moreno, Guerrero-Palencia, Silva-Herrera, et al., 2023), *Sentir el dolor de los demás. Memorias del barrio César Flórez* (Baltar-Moreno, Henao, et al., 2023) y *Una fotografía del pasado: Memorias de Tierra Bomba* (Baltar-Moreno, Guerrero-Palencia, & Henao-Cortez, 2023).

Hacemos investigación social y queremos primero conocer, luego analizar y comprender nuestro presente para, finalmente, transformarlo. No hemos perdido la fe en el futuro.

REFERENCIAS

- Abello-Vives, A., & Flórez-Bolívar, F. J. (2015). *Los desterrados del paraíso. Raza, pobreza y cultura en Cartagena de Indias* (A. Abello Vives & F. J. Flórez Bolívar, Eds.). Instituto de Cultura y Gobierno de Bolívar ICULTUR- Gobernación de Bolívar.
- Baltar-Moreno, A. (2020). *Nelson Mandela: Historias de mi barrio*. Editorial Universidad Tecnológica de Bolívar. <https://repositorio.utb.edu.co/handle/20.500.12585/10380?show=full>
- Baltar-Moreno, A., Guerrero-Palencia, L., & Henao-Cortez, A. M. (2023). *Una fotografía del pasado: Memorias de Tierra Bomba*. Ediciones UTB. <https://repositorio.utb.edu.co/handle/20.500.12585/12577>
- Baltar-Moreno, A., Guerrero-Palencia, L., Silva-Herrera, S., & Feria González, G. (2023). *San Francisco. Memorias ciudadanas de un barrio de Cartagena*. Ediciones UTB. <https://repositorio.utb.edu.co/handle/20.500.12585/12576>
- Baltar-Moreno, A., Henao, A. M., & Guerrero-Palencia, L. (2023). *Sentir el dolor de los demás: Memorias del barrio César Flórez*. Ediciones UTB. <https://repositorio.utb.edu.co/handle/20.500.12585/12575#page=1>
- Cunin, E. (2003). *Identidades a flor de piel. Lo 'negro' entre apariencias y pertenencias: mestizaje y categorías raciales en Cartagena (Colombia)*. IFEA-ICANH-Uniandes-Observatorio del Caribe Colombiano. <https://shs.hal.science/halshs-00291675/document>
- Deavila, O. (2015). Los desterrados del paraíso: turismo, desarrollo y patrimonialización en Cartagena a mediados del siglo XX. In A. Abello & F. J. Flórez (Eds.), *Los desterrados del paraíso. Raza, pobreza y cultura en Cartagena de Indias* (pp. 123–146). Instituto de Cultura y Gobierno de Bolívar ICULTUR- Gobernación de Bolívar.
- Puello-Sarabia, C. P. (2008). Fotografía y exclusión social: Auto-representaciones de la élite cartagenera en el periodo 1900-1930. *Cuadernos de Literatura Del Caribe e Hispanoamérica*, 7, 9–38. http://investigaciones.uniatlantico.edu.co/revistas/index.php/cuadernos_literatura/article/view/475



PATROCINADO POR:



Culturas



Universidad Tecnológica de Bolívar

ORGANIZADO POR:



Semillero Historia de la Fotografía
en el Caribe Colombiano



MUSEO HISTÓRICO DE
CARTAGENA DE INDIAS



Biblioparque
San Francisco



UNIDAD ACADÉMICA DE
comunicación
Contra la violencia

CON LA COLABORACIÓN DE:



Proyecto
Fototeca
Histórica
Cartagena de Indias
UTB
Patrimonio y memoria de todos